

# Dos décadas de arquitectura argentina

## Universalidad e identidad en la arquitectura argentina

**E**s imposible trazar el panorama arquitectónico de la Argentina de los últimos años sin injustas omisiones. La ausencia mayor sea tal vez la de esa arquitectura «sin arquitectos» ya que aquí se da prioridad a la producción con nombre de autor que es, como se sabe, la que se ve en las publicaciones, aunque constituye una ínfima porción de lo que se construye en cualquier lugar del mundo. Hecha esta salvedad, comienza esta crónica.

### Universales e informados

A mediados de la década del cincuenta y tras la caída del régimen peronista, el panorama arquitectónico de la Argentina reconocía:

— las obras heredadas del peronismo resultado de planes de contenido social impulsados desde la gestión oficial, realizadas por profesionales de oficinas del Estado con el fin de cubrir necesidades básicas: vivienda, sanidad, educación<sup>1</sup>;

— la transformación del paisaje urbano en ciertas ciudades (Buenos Aires y su apéndice turístico Mar del Plata) que densificó su área construida con viviendas en altura vendidas según el régimen de propiedad horizontal, proceso que continuó en los sesenta;

<sup>1</sup> El peronismo fue amplio en cuanto a la adopción de modelos arquitectónicos para sus obras: clasicismo monumental para las instituciones, chalet californiano para la vivienda individual, bloques «modernos» para las colectivas, etcétera. Ver «Nacionalismo popular, las corrientes estilísticas», por Jorge Cavallo y otros, en Documentos para una historia de la arquitectura argentina, Ediciones Summa, Buenos Aires, 1978.

<sup>2</sup> El Movimiento Moderno proponía la ideología del progreso técnico científico, la racionalidad de la organización productiva y social, la validez universal de principios, la guía del mundo occidental; produjo un saber arquitectónico basado en el funcionalismo, en la producción industrializada, visualmente abstracto y ahistórico.

<sup>3</sup> El Movimiento de las Casas Blancas era una postura integral basada en un neocristianismo primitivo apoyado en la humildad y cooperación. Su arquitectura buscaba expresar la realidad tecnológica y social del país con materiales y lenguajes que reactualizaban los modos vernáculos y anónimos. Tildado de reaccionario y criticado por sus escasas posibilidades para solucionar ciertos problemas contemporáneos y pese al esfuerzo de sus fundadores, su arquitectura no dejó de derivar hacia un mero formalismo. Hoy, ante la persistencia de la polémica universal-regional dentro de la arquitectura, todavía este último término se acepta por sus aspectos formales generando arquitecturas consideradas de prestigio para clubes de campo o lugares de veraneo donde se opta por un regionalismo... pero de inspiración normanda o inglesa, por ejemplo.

<sup>4</sup> Ver Summa n.º 1, Buenos Aires, 1963, que ilustra el concurso del edificio Peugeot, la primera gran torre internacional propuesta para Buenos Aires, no concretada pero base para otras futuras. A lo largo de treinta años de trayectoria, la re-

— el crecimiento de los suburbios de Buenos Aires a través de loteos apretados afirmando la construcción anónima de las «casas cajón», paso anterior al ansiado chalet con cubiertas de tejas, indicador de vida acomodada;

— la aceptación definitiva de las propuestas arquitectónicas del Movimiento Moderno como base para la enseñanza de la disciplina en un aprendizaje de posturas internacionalmente consagradas. La arquitectura «culta» aceptaba, hasta indiscriminadamente, las tendencias provenientes de los centros prestigiosos de fuera del país, porque consideraba que debía insertarse en un desarrollo histórico único y universal, y las casas de estudio propugnaban un arquitecto profesional a la vez que informado.

En los sesenta se dieron cuestionamientos a este universalismo de aceptación acrítica que olvidaba el desarrollo de una producción según condicionantes físicas o culturales propias, de necesidades reales o apoyadas en una historia con tradición igualmente propias<sup>2</sup>. Por ello, el llamado Movimiento de las Casas Blancas conformó una real alternativa que nació con un edificio manifiesto, la Iglesia de Fátima de Claudio Caveri y Eduardo Ellis<sup>3</sup>. Fue una actitud que reflató un debate dado ya décadas atrás, que polarizó a veces en forma simplista los términos universalidad-identidad y que se ha ido afirmando desde los setenta como base para la discusión teórica y la práctica de una arquitectura argentina con valores propios.

En esta década del sesenta el poder político y la empresa privada vieron en el concurso abierto la forma adecuada para el proyecto de obras de importancia<sup>4</sup>. Más allá de que una situación institucional discontinua y una permanente crisis económica frustraron la ejecución de muchos proyectos ganadores, los concursos sirvieron como ejercicios para el desarrollo de programas de gran complejidad y para resoluciones técnicas y formales de avanzada.

Estas propuestas, que contribuyeron a cimentar el nombre de más de un grupo de arquitectos, ilustran hoy desde el papel a gran parte de la arquitectura de mayor nivel del momento.

Permitieron, además, distinguir dos vías proyectuales que pueden provenir del carácter del tema: la que acude a la llamada arquitectura de sistemas, flexibles y abierta al crecimiento a través de un catálogo de componentes funcionales y tecnológicos (concursos para hospitales tipo, por ejemplo) y la que propone un objeto único dado sus fines, como la sede de la Biblioteca Nacional que sí se construyó pero que se concluyó tras casi treinta años de proceso laborioso.

## Los setenta en dos períodos

Con la vuelta al poder del peronismo (1972) comenzó en la Argentina un tiempo «conflictivo» que se extendió hasta 1982 (Guerra de las Malvinas)